

El homo-sadiens: un personaje de actualidad

Jorge Jiménez

Doscientos años después de su muerte, el Marqués de Sade goza de buena salud. Sin sospechar la suerte que iban a experimentar sus ideas en el futuro, Sade escribió, además de sus conocidas obras literarias y teatrales, algunos opúsculos en los que nos propone la Sociedad de los Libertinos, como exigencia radical frente a la sociedad que predicaba la libertad, la igualdad y la fraternidad en los tiempos de la revolución francesa.

Donatien de Sade —al igual que Maquiavelo durante el renacimiento italiano, Bakunin, Marx y Nietzsche en el siglo pasado, Freud, Cioran, Genet, Ginsberg, Burroughs, Miller y Bukowski en el siglo XX, para mencionar a unos pocos—, forma parte de esa controversial corriente de pensadores que han logrado develar el lado oscuro de la naturaleza humana y con ello desatar las pasiones más encontradas —muy propias de una especie tan vanidosa e intrigante como la nuestra.

En ese sentido, Sade fue un temprano precursor de la despenalización de los delitos sancionados por la moral burguesa y cristiana. Las leyes, según Sade, deberían ser pocas y fáciles de obedecer, y la sociedad no debería hacer pesar la fuerza de la ley contra quien no consiguiese someterse a la ella. A su juicio la calumnia, el robo, la impureza y el asesinato no deberían ser castigados por la ley, toda vez que han sido prácticas comunes que responden a la naturaleza y porque además la ley opera movida por la frialdad de la burocracia legislativa y no por las "pasiones que pueden legitimar en el hombre la cruel acción del asesinato".

Los delitos morales, a saber, la prostitución, el adulterio, el incesto, la violación y la sodomía, no sólo deberían ser despenalizados sino, más aún, institucionalizados por la nueva sociedad. Y la justificación que nos da el Marqués, tiene el tono propio del lúcido Maquiavelo: esos llamados delitos morales deberán ser indiferentes en un gobierno cuyo único deber consiste en conservarse por el medio que sea, y ya que la única forma en que se conservará efectivamente será por medio de la guerra, no querrá ciudadanos morales, siendo la guerra inmoral por definición. Para Sade lo más consecuente es que los individuos sean inmorales, en un Estado que por definición es inmoral.

Y con el fin de fundamentar la necesidad de crear esas instituciones sociales destinadas a satisfacer el placer, la crueldad y el mutuo sometimiento, agrega con una gran agudeza: "siempre que no déis al hombre la posibilidad secreta de exhalar la dosis de despotismo que la naturaleza puso en el fondo de su corazón, se arrojará para realizarla sobre los objetos que lo rodean y derrumbará el gobierno... contento de haber podido realizar su pequeña soberanía en medio del harén de jóvenes guerreros o de sultanas que vuestros cuidados y su dinero le someten, saldrá satisfecho y sin ningún deseo de derribar un gobierno que le asegura tan complacientemente los medios de su concupiscencia".

Ahí se encuentra, justamente, la clave del proyecto sadiano: permitid que los súbditos dominen en pequeña escala, para que sean dominados a gran escala. La Sociedad de los Libertinos muestra su verdadero rostro: se trata de la Sociedad del Dominio. Y en el fondo, no es para nada diferente de lo que vivimos.

Por eso he dicho que el Marqués goza de buena salud. Los Estados modernos han institucionalizado el asesinato, la tortura y el genocidio: en el lenguaje de la guerra, al asesinato se le llama "baja", "perdido en acción", "eliminar al enemigo", "limpieza étnica", "excesos", "errores" o "pérdidas lamentables", todo ello en nombre de la "defensa de la patria", en "defensa de la libertad" o por "el mantenimiento de la paz mundial". La sociedad postsadiana ha institucionalizado el goce recurriendo a la industrialización de la sexualidad humana, y ofrece toda una línea de consumo de insumos genitales, réplicas, fetiches e imágenes que utilizan como materia prima el cuerpo humano, puesto en la línea de producción tal y como se hace con el ganado, y explotando comercialmente la prostitución, el adulterio, el incesto, la violación y la sodomía. El robo que Sade quería despenalizado, se ha institucionalizado como práctica sistemática de gobernantes y políticos, administradores y empresarios, y traficantes de la religión y la superstición popular. La calumnia, el chisme, tergiversación y la delación, por último, es una de las prácticas profesionales institucionalizadas por los medios de comunicación de masas. Sin lugar a dudas el Marqués goza de buena salud.

El valor de la obra de Sade reside en su ingenuidad. Posiblemente el conspicuo Marqués no reparó en que lo más sagrado del goce humano consiste en la prohibición, en mantener los delitos bajo la amenaza del castigo. Pero, a la vez, es también posible que sospechara que, a largo plazo, la despenalización del delito terminaría por producir un nuevo tipo de sociedad en la que los ciudadanos perdieran interés en esos delitos, debido a que una burocratización de la fórmula placer-crueldad, en los términos del dominio y el sometimiento, terminarían por convertirlas en prácticas aburridas y vaciadas de sentido humano.

Sade puso de manifiesto esa inquietante relación que existe entre el goce y la crueldad, y que nuestra civilización gusta de mantenerla disfrazada por los afeites de la moralidad cristiana. Sin embargo, lo que no se le perdona es su atrevimiento de expresarlas en su literatura y peor aún, la incómoda sugerencia de institucionalizarlas con el fin mantener la dominación social. Y eso en razón de que nuestra cultura goza profundamente de todo aquello que está revestido por el encanto del ocultamiento: si nuestros vicios más secretos son puestos a la luz y alguien se atreve a pedir su plena legitimación, el objeto de nuestra rabia e indignación se dirigen contra quien ha realizado semejante profanación, nunca contra tan (des)preciados vicios.